

Liberar la imaginación: ensayos sobre educación, arte y cambio social

MAXINE GREENE

Barcelona, Grao, 2005, 325 pp.

POR ROSA MARÍA QUESADA*

La autora es profesora de filosofía y educación, y catedrática emérita de Fundamentos de la Educación en el Teachers' College de la Universidad de Columbia. Es doctora honorífica en Humanidades por diversas universidades estadounidenses. Ha ocupado las presidencias de la Philosophy of Education Society, de la American Educational Studies Association y de la American Educational Research Association. Ha sido la coordinadora del Lincoln Center Institute for the Arts in Education por más de dos décadas.

En *Liberar la imaginación*, esta experta en educación artística habla de cómo las artes encierran la esencia del ser humano, y por qué es importante desarrollarlas tanto o más que las otras disciplinas escolares. Le escribe a los profesores y a todos los involucrados con la educación, para hacerles evidentes que:

- El trabajo docente no puede limitarse a la reproducción de un programa, sino que debe

* Maestra en Pedagogía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Correo electrónico: rosi2342@yahoo.com.mx

ser reinventado cada vez frente a los alumnos.

- El desarrollo profesional de alguien vinculado con la educación es un proceso constante de búsqueda, y más que dar respuestas, los maestros postulan preguntas a él y a los demás.
- El mundo es un misterio, y el ir descubriéndolo es un placer incomparable (: 8).

Con el libro, la autora pretende hacer que sus lectores, maestros de cualquier nivel, descubran qué tienen que decir y aportar a la educación desde la situación específica que cada uno vive.

El eje de los pensamientos de Greene en este libro es la idea de que todos somos capaces de pensar que, a pesar de todo, el mundo puede ser distinto y que cada uno de nosotros puede transformarlo.

Greene trata estos temas haciendo una reflexión sobre su propio recorrido por las aulas, proporcionando ejemplos autobiográficos emotivos y claros, que aterrizan los discursos teóricos en los que basa sus argumentos.

Greene cuenta con un amplio repertorio literario, al que hace alusión en cada uno de los capí-

tulos del libro. Un lugar común en su trabajo, por ejemplo, es la referencia que hace al poema de *La guitarra azul*, de Stevens, y que de hecho le da nombre a uno de sus libros más recientes. En el poema, la guitarra representa la imaginación, y de esta manera, Greene concreta lo que piensa:

They said: "you have a blue guitar, / You do not play things as they are. / The man replied, / "Things as they are / Are changed upon the blue guitar.

Ellos dijeron: "Tienes una guitarra azul, / No tocas las cosas como son. / El hombre respondió, "Las cosas como son / Son transformadas por la guitarra azul."

De esta manera, aun sin ser el objetivo principal, motiva a los lectores a adentrarse en la lectura de todos estos autores a los que ella hace referencias tan personales y profundas. Leer la bibliografía de este libro es tener frente a sí un vasto catálogo de literatura universal —con énfasis en la estadounidense— de los últimos tiempos. Es digna de ser revisada.

Los pensadores que sirven como marco de referencia para

rescatar valores como la democracia, la autogestión y la libertad, por supuesto, son los precursores de la posmodernidad. Numerosas veces se cita a autores como Dewey, Foucault o Habermas y se los explica en profundidad, con gran claridad de pensamiento y proveyendo al lector de un interesante estudio de las últimas tendencias educativas y filosóficas. Asimismo, la autora coincide en muchas ocasiones con las propuestas de críticas literarias y del conocimiento como las de Hanna Arendt y Warnock.

El libro se divide en tres partes: "Crear posibilidades", "Iluminaciones y epifanías", y "Comunidad en construcción".

En la primera parte, la autora nos presenta la situación actual de la educación, específicamente en su país. Plantea los imperativos de alcance nacional que el Departamento de Educación impone, y que tienen que ver con la globalización y la apuesta por la evaluación como las armas para alcanzar la utopía. Habla sobre los estándares que se establecen y mediante los que se deciden si una persona es exitosa o no, si tiene más o menos valor que los demás. Describe la función de los maestros actuales como la de creadores de hombres competentes, capaces de dominar toda una gama de habilidades que los lleven a obtener ganancias materiales y de comodidad. Los alumnos valen en cuanto tengan capacidad de ser materia prima de un mercado de recursos humanos. Y después de mostrar un tipo de educación que propone la robotización, en

donde una experiencia se sucede idénticamente a otra, siempre logrando los objetivos y las metas establecidas previamente por otros, ella propone otra razón de ser para la educación en general. Cita a Warnock cuando dice: "Una de las finalidades primordiales de la educación es evitar a las personas la oportunidad de que se sientan aburridas o de que sucumban a la sensación de futuridad o a la creencia de que han llegado al final de lo que vale la pena tener" (: 43), e invita a los alumnos a cuestionar su mundo, en todas las dimensiones.

En este aspecto, el sinsentido de la vida es mucho más poderoso en el vecino país que en México, pues allá la precisión, la puntualidad y la eficiencia alcanzan niveles más altos, y esto, aunque facilita la vida, también la hace más predecible, sin posibilidades de variar ni de tomar rumbos inesperados.

Habla de hacer de la educación el despertar de la conciencia y sorprenderse de lo que el mundo ofrece para, de ese modo, poder adueñarse de él como si cada uno de nosotros fuera el primer hombre en conocerlo, y así aprender a amarlo y transformarlo.

De aquí la importancia de la imaginación dentro de la escuela, cuya función no es tanto transmitir, sino otorgar la posibilidad de proponer significados. La escuela debe ser un recinto en donde se busque la libertad y en donde cada quien encuentre el sentido de su vida, dando respuesta a las preguntas existenciales más profundas.

Este proceso no es inmediato ni personal, sino que se construye poco a poco entre todos los individuos de una sociedad. Para lograrlo, se deben propiciar espacios con el fin de desarrollar plenamente la imaginación. "Sin duda la educación debe ser concebida hoy en día como un modo de abrir el mundo a los juicios críticos de los jóvenes y a sus proyecciones imaginativas y, llegado el momento, a sus acciones transformadoras" (: 92).

Termina esta primera parte asegurando que proveer y promover estos espacios debe ser un compromiso social y que el acto educativo se procesa merced a una red de relaciones humanas, vividas de manera subjetiva por cada uno de los individuos, que los lleve a una postura personal y única que al unirse con las de los otros haga de este mundo un espacio diverso con miles de posibilidades y sentidos.

En la segunda parte, "Iluminaciones y epifanías", se adentra en la construcción de un currículo que permita alcanzar los objetivos planteados anteriormente. Postula el imperativo de incluir el arte dentro de él, en todas sus manifestaciones. Sin embargo, se enfoca más en la literatura. Habla de las proyecciones que realizamos al leer un texto literario, de cómo al hacer empatía con las situaciones que viven los personajes nos vinculamos con la esencia de la humanidad. Al insertarnos dentro de los pensamientos y emociones de otro, encontramos respuesta a nuestros propios conflictos. Leer debe ser un acto que nos mueva: no se puede leer y quedarse pasi-

vo, porque ello iría en contra de lo subjetivo del arte. En un sentido, las historias funcionan como espejos que facilitan el autoconocimiento y reconocimiento en otros de nuestras propias virtudes y debilidades. Y en otro sentido, leer nos enseña sobre esos otros, sobre la conexión y responsabilidad que tenemos con los demás y que nos invita a buscar soluciones a los problemas humanos.

Por tanto, alfabetizar es un acto que distribuye la voz, que proporciona puntos de vista y forma el juicio crítico. Alfabetizar acerca a todos a la posibilidad de ser libres.

Sin embargo, Greene asegura que “la mera presencia ante formas de expresión artística no basta para ocasionar una experiencia estética o cambiar una vida” (: 193). Es necesario enseñarlos a dejarse tocar por ella. Los lectores deben aprender a encontrar el significado de la misma, crear un sentido de apreciación estética que les permita entrar en conexión con el autor a través de su obra. La escuela debe fomentar las actividades de socialización de las obras artísticas, el intercambio de ideas a propósito de ellas, y también la creación de las mismas. A partir de las vivencias artísticas, los alumnos encontrarán su luz interna y serán capaces de hacerla brillar.

Hay que estar conscientes de que el arte es subversivo, porque expande las capacidades perceptivas, propone una nueva disposición de la realidad, le da voz a las minorías y abre espacios para cuestionar. Por tanto, ante situa-

ciones tan delicadas, los docentes tienen que prepararse de manera consciente para compartir experiencias artísticas con sus alumnos, y de ninguna manera hacer de la educación artística espacios de descanso o relleno. El compromiso que uno tiene al proponerse formar seres humanos incluye inmediatamente una educación artística.

Propiciar experiencias artísticas es lo mismo que proponer el despertar de la conciencia, y con esa seriedad se deben llevar a cabo. Lograr que los jóvenes le den significado a las obras de arte es apoyar su sentido de agencia (en el sentido de su capacidad de transformación).

Es por ello que propone que los espacios para compartir experiencias artísticas se amplíen, trasciendan los muros y se compartan dentro y fuera de la escuela, como lugares de crecimiento personal y social, en donde los encuentros de persona a persona sean el hilo conductor de trabajo diario que permitan sentirnos parte de una gran comunidad.

El tercer apartado, “Comunidad en construcción”, comienza explicando que el pluralismo es parte esencial de la vida actual, y que todos debemos decidir cómo lo vamos a enfrentar. Se puede elegir enfrentarlo con miedo y, por lo tanto, rechazar lo diferente y lo desconocido. De ahí que surjan los movimientos separatistas, de discriminación, racismo, menosprecio, autoaislamiento, etc. Cuando se elige esta opción, uno se queda con una forma única de entender el mundo, los panoramas se cie-

rran, los sucesos están controlados, no hay emergencias ni desastres, y uno vive una vida en paz, en una burbuja de cristal. O se puede asumir la otra postura: convivir con lo diferente, con la alteridad, y obtener mil y un maneras de comprender el mundo.

El primer paso para tomar este segundo camino con seguridad es conocerse a sí mismo, estar orgulloso de sus raíces y establecer parámetros de lo que uno es y de lo que son los otros y no yo. Aprender a expresar nuestra propia palabra es el siguiente paso en esta vida llena de diversidad.

Al momento de compararnos, podremos darnos cuenta de los huecos que tenemos, y llenarlos con la riqueza de los demás. Y al mismo tiempo, seremos capaces de compartir lo que nosotros tenemos y a otros les falta. Este intercambio es posible y necesario, tanto entre individuos como entre culturas. Todos somos complementarios, pues todos estamos incompletos.

Para llevar a cabo estos cruces es necesario establecer diálogos democráticos, basados en el respeto y la aceptación de uno y del otro. El arte resulta ser un magnífico vehículo de convergencias, pues habla de las pasiones y los sentimientos universales de los seres humanos.

La ironía del momento es que vivimos bajo el régimen de la evaluación y la estandarización. “Parece como si los magos de la medición hubiesen unido sus fuerzas con las encarnaciones contemporáneas de los divinos puritanos en un intento por

defenderse de una salvaje y cada vez más incisiva jungla, por mantener a los demonios bajo control” (: 256). Es aquí en donde Greene se rebela abiertamente en contra de las posturas oficiales tanto de su país como de las instituciones internacionales, y se compara con el trabajo que desempeñaron Locke, Hume o Voltaire en su época, desafiando las leyes establecidas. Defiende el valor de los docentes en la medida en que ellos generen la diferencia, en la que ellos den espacio a todo tipo de propuestas y expresiones, pues si no, estarán ayudando a generar injusticia hacia los pobres y desplazados y dificultarían la creación de un mundo auténticamente común.

Para lograrlo, el docente tiene que conocer las necesidades de sus alumnos, y para ello es muy útil que se acerque a textos literarios que reflejen sus tipos de vida, y que también conozca las expresiones culturales de los grupos con los que va a convivir. Y esto lo dice pensando sobre todo en las migraciones en masa que se viven hoy en día, en un país como Estados Unidos, pero que igual se viven en Europa y en nuestro propio país.

No se puede hablar con alguien de situaciones que no se conocen, por lo que entre más inmerso esté el docente en la cultura de sus alumnos, mucho más podrá aportar y comprender. Habrá más canales de comunicación y la conexión será más estrecha y sincera. Así que, además de abrir caminos para desarrollar una ciencia reflexiva que busque alternativas, hay que bus-

car puntos de encuentro dentro del área artística.

Concluye pidiendo a los maestros que ellos sean los primeros en reconocer e incrementar su sentido de agencia (capacidad de transformar y de transformarse). Que sean ellos los generadores de los cambios para obtener el mundo con el que sueñan. Pero que así como son ejemplo, tampoco pueden caminar el camino de los otros, pues cada uno tiene que construir su propio destino. También deja muy claro que de nada sirve sólo quejarse de lo mal que está el mundo, que lo importante es entrar en acción, en una acción reflexiva que modifique el ambiente cercano. Irónicamente, otra vez, ésta es la única manera de obtener efectos globales.

De esta forma, al liberar la imaginación, la creación, la auto-gestión, se crean espacios de expresión y vida que merezca ser llamada de esta manera para cada ser humano.

En este sentido, Greene promueve el constructivismo, pues asevera que “quienes aprenden deberían llenarse de los significados de sus propias experiencias existenciales y no de las de sus profesores” (: 273), pues lo que pretende la educación hoy en día es crear conciencias críticas, que sepan leer la realidad y que tengan algo que decir al respecto. Pero al mismo tiempo recalca la responsabilidad que todos tenemos con las próximas generaciones, pues el imaginar nuevas formas de ser significa redimensionar la realidad para modificarla y hacer un futuro distinto de lo que existe actualmente.

Para la autora, la individualidad no precede a la colectividad, sino que avanza o retrocede en paralelo. “Vencer nuestros particulares silencios en lo que respecta a los compromisos [...] y recuperar la unión colectiva [...] es lo que hace posible que creemos nuestras identidades como sujetos, y no simplemente como objetos de sentimientos y aspiraciones” (:296).

El grado de importancia que Greene le adjudica al trabajo docente en este texto puede contribuir a que todos los académicos revaloremos el trabajo en las aulas, en todos los niveles. Lo que sucede en la escuela no se queda dentro de esas cuatro paredes, sino que trasciende fronteras y es, a fin de cuentas, la *única* manera de encontrar una solución real a los conflictos mundiales.

Liberar la imaginación es una lectura recomendada para quienes se sienten perdidos en el mar de evaluaciones cuantitativas que objetivizan a los alumnos, a los maestros, y que hacen del trabajo en la escuela un mero trámite burocrático. Es lectura obligada también para los estudiantes, a fin de que asuman su responsabilidad en la construcción de sí mismos.

Finalmente, éste es un libro recomendado a todo público, con el fin de comprender un poco más lo que se pretende lograr mediante la educación a principios de siglo, y volver a creer en el maestro, no como “un arca de conocimiento”, sino como un faro que indica el camino de los otros y, así, logra alumbrar el mundo entero.